

# 1

**R**ecuerdo con exactitud dónde me encontraba y qué estaba haciendo cuando me enteré de que mi padre había muerto», me dije mientras miraba por la ventanilla hacia la oscuridad absoluta de la noche. De manera intermitente, debajo de mí, se vislumbraba un pequeño núcleo de luces titilantes que señalaba la presencia de una vivienda humana, cada una de las cuales contenía una vida, una familia, un grupo de amigos...

Todo ello cosas que yo ya no creía tener.

Era casi como ver el mundo al revés, porque las luces que había debajo del avión parecían facsímiles menos brillantes de las estrellas que había por encima de mí. Aquello me recordó que uno de mis tutores de la escuela de arte me había dicho una vez que yo pintaba como si no pudiera ver lo que tenía delante. Mi tutor estaba en lo cierto. No veía lo que tenía delante. Los cuadros aparecían en mi mente, no en la realidad. Lo más habitual era que no tuvieran forma animal, mineral y ni siquiera humana, pero eran imágenes potentes, y siempre me sentía impulsada a seguir las hasta el final.

Como el enorme montón de trastos que había recogido en las chatarrerías de Londres y almacenado en mi estudio del apartamento. Había dedicado semanas a intentar descubrir cómo debían encajar exactamente todas las piezas. Era como trabajar en un cubo de Rubik gigantesco, aunque las materias primas consistían en una lata de gasolinaapestosa, un viejo espantapájaros de la festividad de Guy Fawkes, un neumático y una piqueta de metal oxidado. Había cambiado las piezas de lugar una y otra vez, satisfecha justo hasta el momento en que colocaba el último elemento vital, que

siempre —dondequiera que lo pusiese— parecía fastidiar la instalación entera.

Apoyé el frente caliente contra el plexiglás frío de la ventanilla, que era lo único que nos separaba a mí y a todos los demás pasajeros del avión de la asfixia y la muerte segura.

«Somos muy vulnerables...»

«No, CeCe —me reprendí con dureza cuando el pánico comenzó a apoderarse de mí—, eres perfectamente capaz de hacer esto sin ella, de verdad.»

Me obligué a volver a pensar en Pa Salt, porque, dado mi arraigado miedo a volar, recordar el momento en que me había enterado de su muerte me resultaba, por extraño que parezca, un consuelo. Si sucedía lo peor y el avión caía del cielo y todos moríamos, al menos era posible que él estuviera allí, al otro lado, esperándome. Al fin y al cabo, él ya había hecho el viaje hasta allí arriba. Y lo había hecho solo, como lo hacemos todos.

Me estaba poniendo los pantalones vaqueros cuando mi hermana menor, Tiggy, me llamó para decirme que Pa Salt había muerto. Tras analizarlo en retrospectiva, estaba bastante convencida de que no había llegado a entender del todo nada de lo que Tiggy me había dicho. Tan solo podía pensar en cómo iba a contárselo a Star, que adoraba a nuestro padre; sabía que se sentiría totalmente destrozada.

«Tú también lo adorabas, CeCe...»

Y era verdad. Teniendo en cuenta que mi papel en la vida se fundaba en proteger a mi hermana, más vulnerable que yo —en realidad Star era tres meses mayor que yo, pero le había costado empezar a hablar, así que yo siempre había hablado por ella—, me precinté el corazón, me subí la cremallera de los pantalones y me encaminé hacia la sala de estar para comunicárselo a Star.

Mi hermana no había dicho nada, se había limitado a llorar entre mis brazos. Yo había hecho todo lo posible por mantener a raya mis propias lágrimas. Por ella, por Star. Tuve que ser fuerte, porque ella me necesitaba...

«Eso era entonces...»

—Señora, ¿puedo ayudarla en algo?

Una nube de perfume almizclado me invadió desde lo alto. Levanté la vista y vi a la azafata inclinada sobre mí.

—Eh... No, gracias.

—Ha apretado el botón de llamada —me dijo en un susurro exagerado al mismo tiempo que señalaba al resto de los pasajeros, que estaban todos dormidos. Al fin y al cabo, eran las cuatro de la madrugada, según la hora de Londres.

—Lo siento —susurré yo también mientras apartaba el codo culpable del botón que la había alertado.

Típico. La azafata me dedicó el mismo gesto de asentimiento con la cabeza que me había dedicado una de mis profesoras del colegio cuando me vio abrir los ojos durante la plegaria de la mañana. Después, con un frufú de seda, la mujer desapareció de vuelta a su guarida. Hice cuanto pude por ponerme cómoda y cerré los ojos, pues quería ser como las aproximadamente cuatrocientas almas aleatorias que habían conseguido escapar mediante el sueño del horror de moverse por el aire a toda velocidad dentro de un tubo de aluminio. Como de costumbre, me sentía desplazada, no parte de la multitud.

Claro está, podría haber reservado un billete de primera clase. Todavía me quedaba algo de dinero de mi herencia... pero no tanto como para querer desperdiciarlo en solo unos cuantos centímetros más de espacio. Había invertido la mayor parte de mi dinero en comprar el espectacular apartamento a orillas del Támesis para Star y para mí. Pensaba que lo que mi hermana deseaba era un hogar como es debido, que aquello la haría feliz, pero me había equivocado de pleno...

Y ahora, aquí estaba, sin haber avanzado lo más mínimo desde hacía un año, cuando me había sentado junto a mi hermana en clase turista para atravesar el mundo volando de camino a Tailandia. Pero esta vez Star no iba conmigo, y yo no corría hacia algo, sino que huía de algo...

—¿Le gustaría desayunar, señora?

A pesar de que me sentía adormilada y desorientada, abrí los ojos y alcé la vista hacia la misma azafata que me había hecho una visita en mitad de la noche. Vi que todas las luces de la cabina estaban encendidas y que algunas de las persianas de las ventanillas estaban levantadas y dejaban ver el tinte rosáceo del amanecer.

—No, gracias. Tomaré un café. Solo, por favor.

La azafata asintió y se alejó, y yo me pregunté por qué —dado que había pagado por todo aquello— me sentía culpable por pedir algo.

—¿Adónde vas?

Volví la cara para mirar a mi vecino de asiento, al que hasta entonces solo había visto de perfil. De hecho, no había visto más que una nariz, una boca y un mechón de pelo rubio que asomaba por debajo de una capucha negra. Sin embargo, en aquel momento estaba completamente girado hacia mí, mirándome con fijeza. Me pareció que no tenía más de dieciocho años, pues todavía se le podían apreciar las huellas del acné juvenil en la barbilla y en la frente. A su lado, me sentí como una jubilada.

—A Bangkok, y después seguiré hasta Australia.

—Guay —contestó al tiempo que atacaba su bandeja carcelaria de huevos revueltos incomedibles, beicon demasiado frito y una cosa larga y rosa que aspiraba a pasar por una salchicha—. Yo también iré a Australia más adelante, pero antes quiero echarle un vistazo a Tailandia. Me han dicho que las Fiestas de la Luna Llena son una pasada.

—Lo son.

—¿Has estado?

—Varias veces —contesté, y su pregunta hizo que una selección de recuerdos se descargara de inmediato en mi mente.

—¿Cuál me recomiendas? Según dicen, la de Ko Pha Ngan es la mejor.

—Hace muchísimo que fui por última vez, pero tengo entendido que ahora es enorme... unas dos mil personas. Mi favorita es la de playa Railay, en Krabi. Es muy tranquila, pero supongo que eso depende de lo que busques.

—He oído hablar de Krabi —comentó mientras su mandíbula trabajaba con ahínco para masticar la salchicha—. Me reuniré con mis amigos en Bangkok, así que todavía tenemos un par de semanas para decidirnos antes de que llegue la luna llena. ¿A ti también te esperan amigos en Australia?

—Sí —mentí.

—¿Después de pasar unos días en Bangkok?

—Solo me quedará una noche.

Percibí su entusiasmo cuando el avión inició el descenso hacia el aeropuerto de Suvarnabhumi y el personal de cabina nos transmitió a los prisioneros el habitual conjunto de normas. «En realidad todo eso es un chiste», pensé mientras cerraba los ojos y trataba de apaciguar mi corazón desbocado. Si el avión se estrellaba, todos moriríamos al instante, independientemente de si mi mesita estaba plegada o no. Supuse que tenían que soltarnos ese rollo para hacer que nos sintiéramos mejor.

El avión aterrizó con tal delicadeza que apenas supe que estábamos en tierra hasta que lo anunciaron por los altavoces. Abrí los ojos y sentí una oleada de euforia. Había completado un vuelo de larga distancia yo sola y sobrevivido para contarlo. Star estaría orgullosa de mí... si todavía le importara lo más mínimo.

Después de pasar los controles de inmigración, recogí mi equipaje de la cinta y me precipité hacia la salida.

—Que te lo pases muy bien en Australia —me deseó mi vecino adolescente al situarse a mi lado—. Mi colega dice que allí la fauna es impresionante, ¡arañas del tamaño de platos llanos! ¡Hasta luego!

Con un gesto de la mano, desapareció entre el gentío. Lo seguí a un paso mucho más lento y, al salir al exterior, me topé con un ya familiar muro de humedad. Tomé el autobús lanzadera del aeropuerto hasta el hotel que había reservado para mi parada nocturna, me registré y subí en el ascensor hasta mi habitación desierta. Tras quitarme la mochila de los hombros, me senté sobre las sábanas blancas de la cama y pensé que, si fuera dueña de un hotel, les proporcionaría a mis clientes sábanas oscuras que no mostraran las manchas de otros cuerpos como ocurre con las blancas por más que las frotés.

Había muchas cosas en el mundo que me desconcertaban, normas que alguien había establecido en algún lugar probablemente hacía muchísimo tiempo. Me quité las botas de montaña y me tumbé discurriendo que podría estar en cualquier parte del mundo y odiarlo. El aparato de aire acondicionado zumbaba por encima de mi cabeza y cerré los ojos para intentar dormir, pero solo podía pensar en que si me moría en aquel preciso instante ni un solo ser humano se enteraría de que ya no estaba.

Entonces entendí lo que era realmente la soledad. La sentía como algo que me roía por dentro y, al mismo tiempo, como un

enorme agujero de vacío. Traté de contener el llanto. Nunca había sido muy llorona, pero en aquel momento las lágrimas no dejaban de asediarme, así que al final me vi obligada a abrir los párpados con la presión de lo que parecía una presa a punto de estallar.

«No pasa nada por llorar, CeCe, de verdad...»

Oí la voz tranquilizadora de Ma en mi cabeza y la recordé diciéndome esas palabras cuando me caí de un árbol en Atlantis y me torcí el tobillo. Me mordí el labio inferior con tanta fuerza en mi esfuerzo por no convertirme en una llorica que me hice sangre.

—A ella sí le importaría —mascullé desesperada, y entonces alargué la mano para coger el móvil y pensé en encenderlo y mandarle un mensaje de texto para decirle dónde estaba.

Pero no sería capaz de soportar ver un mensaje de Star o, aún peor, no ver ni un solo mensaje suyo. Sabía que eso me hundiría por completo, así que lancé el teléfono hacia el otro lado de la cama e intenté volver a cerrar los ojos. Pero entonces una imagen de Pa que se negaba a desvanecerse apareció detrás de mis párpados.

«Es importante que cada una de vosotras haga sus propios amigos, además de que os tengáis la una a la otra, CeCe...»

Me lo había dicho justo antes de que nos marcháramos juntas a la Universidad de Sussex, y me había enfadado con él porque yo no necesitaba a nadie más, y Star tampoco. O al menos yo pensaba que no era así. Entonces...

—¡Ay, Pa! —exclamé suspirando—. ¿Son mejores las cosas ahí arriba...?

A lo largo de las semanas anteriores, dado que Star había dejado claro que ya no estaba interesada en pasar su tiempo conmigo, me había sorprendido hablando con Pa muchas veces. Su muerte, simplemente, no me parecía real; por alguna razón, todavía lo sentía cerca de mí. Aunque en apariencia yo no pudiera ser más opuesta a Tiggy, la siguiente hermana más pequeña que yo, llena de curiosas creencias espirituales, había una extraña parte de mí que también sabía y sentía las cosas... en las entrañas y en los sueños. A menudo me daba la sensación de que mis sueños eran más vívidos y reales que mi tiempo de vigilia; como si viera una serie en la televisión. Esas eran las noches buenas, porque también tenía pesadillas. Como las de las arañas gigantes.

Me estremecí al recordar las palabras de despedida de mi com-

pañero de viaje adolescente... Era imposible que en Australia hubiera arañas del tamaño de un plato llano, ¿verdad?

—¡Madre mía!

Me levanté de la cama de un salto para apartar esos pensamientos de mi mente y me lavé la cara en el cuarto de baño. Contemplé mi reflejo y, con los ojos rojos e hinchados de llorar y el pelo de punta, decidí que me parecía a una cría de jabalí.

Daba igual cuántas veces me hubiera dicho Ma lo bonitos y poco habituales que eran la forma y el color de mis ojos, o que Star me asegurara que le encantaba acariciarme la piel, que, según sus propias palabras, resultaba tan suave y delicada como la manteca de cacao. Sabía que solo intentaban ser amables, puesto que no era tan ciega como fea... y odiaba que me trataran con condescendencia en lo que a mi aspecto físico se refería. Partiendo del hecho de que tenía cinco hermanas preciosas, me había esforzado mucho por no entrar en competencia con ellas. Electra —que da la casualidad de ser una supermodelo— no paraba de repetirme que no me estaba sacando partido, pero era una pérdida de tiempo y de energía, porque yo nunca conseguiría ser guapa.

Sin embargo, sí podía crear belleza, y entonces, en mi peor momento, recordé otra cosa que Pa me dijo una vez cuando era más joven.

«Te ocurra lo que te ocurra en la vida, querida CeCe, lo que nunca podrán arrebatarte es tu talento.»

En aquel instante pensé que no era más que otro... ¿Cómo los llamaba Star? Otro «tópico» para compensar el hecho de que yo era básicamente un desastre en lo relativo al aspecto, en lo relativo a los estudios y en lo relativo a las relaciones sociales. Y lo cierto es que Pa se equivocaba, porque aunque es verdad que los demás no podían arrebatarte el talento, sí podían destruir tu confianza con sus comentarios negativos y formarte tal lío en la cabeza que ya no sabías ni quién eras ni cómo gustarle a nadie, y mucho menos a ti misma. Eso era lo que me había sucedido a mí durante mi curso de arte. Y por eso lo había dejado.

«Por lo menos aprendí qué no se me da bien», me consolé.

Y, según mis tutores, lo que no se me daba bien eran la mayor parte de los módulos que había cursado a lo largo de los tres últimos meses.

A pesar de las duras críticas que mis cuadros y yo habíamos recibido, hasta yo sabía que si en esos momentos perdía la fe en mi talento ya no tenía sentido seguir adelante. Era, realmente, lo único que me quedaba.

Volví a la habitación y me tumbé de nuevo en la cama con el mero deseo de que aquellas horribles horas de soledad pasaran ya, y comprendiendo al fin por qué veía a tantos ancianos sentados en los bancos cada vez que cruzaba por Battersea Park de camino a la universidad. Aunque hiciera un frío terrible, necesitaban confirmar que había otros seres humanos en el planeta y que no estaban totalmente solos.

Debí de quedarme dormida, porque tuve la pesadilla de la araña y me desperté gritando, llevándome una mano a la boca de manera automática para acallarme por si algún otro huésped del pasillo pensaba que me estaban matando. Me di cuenta de que no podía seguir sola en aquella habitación sin alma, así que me puse las botas, cogí mi cámara y bajé en el ascensor hasta recepción.

Ya en el exterior, vi una hilera de taxis que esperaban clientes. Me subí a la parte trasera de uno de ellos y le pedí al conductor que me llevara al Gran Palacio. Siempre me había divertido y disgustado a partes iguales que Bangkok, y lo que había visto de Tailandia en general, pareciera contar con un exceso de personal exagerado. En cualquier tienda, aunque solo entraras a comprar un paquete de cacahuetes, había siempre una persona que te guiaba por los pasillos, luego otra que operaba la máquina registradora y una tercera que te guardaba la compra en el bolso. Allí la mano de obra era tan barata que se antojaba un chiste. Enseguida me sentí fatal por pensar en ello, y luego me recordé que por eso me gustaba tanto viajar: ponía las cosas en perspectiva.

El taxista me dejó en el Gran Palacio y seguí a las hordas de turistas, muchos de los cuales exhibían unos delatadores hombros enrojecidos que hablaban de una llegada reciente desde climas más fríos. Fuera del templo, me quité las botas de montaña y las deposité junto a la gran variedad de chancletas y zapatillas deportivas que los demás visitantes habían dejado junto a los escalones de entrada. A continuación, entré. El Buda de Esmeralda, que supuestamente tiene más de quinientos años de antigüedad, era el más famoso de Tailandia. No obstante, resultaba pequeño en compara-



ción con los muchos budas que había visto. El brillo del jade y la forma de su cuerpo me recordaban a un lagarto verde brillante. Sus extremidades eran fluidas y, para ser sincera, no estaban muy logradas. No es que importara: se trataba de una «cosa» hermosa.

Me senté con las piernas cruzadas sobre una de las alfombras para disfrutar del sol en aquel espacio enorme y lleno de paz junto con los demás seres humanos que me rodeaban y que, probablemente, también se estuvieran mirando el ombligo. Nunca me había considerado una mujer religiosa, pero si tuviera que elegir una, la que más me gustaba era el budismo, porque parecía centrarse por completo en el poder de la naturaleza, algo que yo sentía como un milagro permanente que ocurría justo delante de mis narices.

Star solía decirme que debería hacerme miembro del Partido de los Verdes después de escucharme perorar durante siglos tras ver un documental televisivo sobre el medio ambiente, pero ¿qué sentido tendría? Mi voz no contaba en absoluto, y era demasiado tonta para que me tomaran en serio. Lo único que sabía era que con demasiada frecuencia se hacía caso omiso de las plantas, los animales y los océanos que conformaban nuestro ecosistema y nos alimentaban.

—Si algo venero, es eso —le murmuré al buda.

Él también estaba hecho de tierra —de un mineral tallado y convertido en belleza a lo largo de los milenios— y pensé que seguramente me entendería.

Como me encontraba en un templo, consideré que debería dedicarle unas palabras a Pa Salt. Puede que las iglesias fueran como una centralita telefónica o un cibercafé: una línea más directa de conexión con el cielo...

«Hola, Pa, lamento mucho que hayas muerto. Te echo mucho más de menos de lo que pensaba que lo haría. Y lo siento si no te presté atención cuando me diste consejos y me dedicaste palabras sabias y esas cosas. Debería haberlo hecho, porque mira cómo he acabado. Espero que estés bien ahí arriba —añadí—. Otra vez, lo siento.»

Me levanté sintiendo la incómoda amenaza de un nudo de lágrimas en la garganta y me dirigí hacia la puerta. Cuanto estaba a punto de salir, me di la vuelta.

—Ayúdame, Pa, por favor —le susurré.

Después de comprarle una botella de agua a un vendedor ambulante, bajé paseando hacia el río Chao Phraya y me quedé un rato contemplando el abundante tráfico que circulaba por él. Remolcadores, lanchas motoras y barcas anchas cubiertas con lonas negras se ocupaban de sus trajines diarios. Decidí subirme a un ferry de pasajeros e ir a dar un paseo: era barato y, como mínimo, mejor que estar otra vez sentada en mi triste habitación de hotel de aeropuerto.

Mientras avanzábamos, vi rascacielos de cristal con templos dorados elegantemente acurrucados entre ellos, y junto a las orillas, embarcaderos desvencijados que conectaban las casas de madera con la bulliciosa actividad del agua. Saqué mi fiel cámara Nikon —Pa me la había regalado el día de mi decimosexto cumpleaños para que pudiera, según él mismo me dijo, «tomar fotos de lo que te inspira, cariño»— y la disparé. Star siempre me estaba presionando para que me pasara a la fotografía digital, pero la tecnología y yo no nos llevábamos bien, así que me quedé con lo que conocía.

Tras bajarme del barco justo después del hotel Oriental, subí por la calle que había junto a él y recordé que una vez había invitado a Star a tomar el té en el famoso Salón de los Escritores. Las dos nos sentimos fuera de lugar ataviadas con nuestros pantalones vaqueros y camisetas, porque todos los demás iban vestidos de punta en blanco. Star se pasó horas en la biblioteca mirando las fotografías firmadas de todos los autores que se habían alojado en el hotel en el pasado. Me pregunté si mi hermana escribiría alguna vez su novela, porque se le daba muy bien unir frases y describir cosas sobre el papel. Aunque no es que eso siguiera siendo asunto mío. Ahora Star tenía una familia nueva; le había visto una luz distinta en los ojos al volver a casa hacía unas semanas y encontrarme allí, en nuestro apartamento, a un hombre al que se refirió como «Mouse» mirándola como un cachorrillo devoto.

Me senté en la terraza de un restaurante y pedí un cuenco de fideos y una cerveza solo porque se me antojó. El alcohol no me sentaba nada bien, pero teniendo en cuenta lo mal que me sentía, ya no podía empeorarlo mucho más. Mientras comía, pensé que lo que más me atormentaba no era el hecho de que Star tuviera un novio y un empleo nuevos, sino que se hubiera apartado de mí,

lenta y dolorosamente. Tal vez creyera que me pondría celosa, que la quería toda para mí, pero eso no era verdad. Yo la quería más que a nada en el mundo y solo deseaba verla feliz. Nunca había sido tan ingenua como para pensar que, con lo guapa e inteligente que era mi hermana, no llegaría el día en que un hombre apareciera en su vida.

«Tuviste un comportamiento verdaderamente desagradable con él cuando fue al apartamento», me recordó mi conciencia. Y sí, me había molestado y, como de costumbre, no había sabido esconderlo.

La cerveza cumplió su función y suavizó los bordes afilados de mi dolor. Pagué, me puse en pie y eché a andar sin rumbo fijo por la acera antes de girar hacia un callejón estrecho que albergaba un mercadillo callejero. Unos cuantos puestos más abajo, me topé con un artista que pintaba una acuarela. Verlo sentado ante su caballete me hizo recordar los atardeceres que yo misma había pasado, sentada en playa Railay de Krabi con mi bloc de dibujo y mi lata de pinturas, tratando de capturar la belleza de la puesta de sol. Cerré los ojos y recordé la paz que había experimentado allí junto a Star hacía tan solo un año. Deseé recuperarla con tanta intensidad que empezó a doler.

Llegué hasta la orilla del río y me apoyé sobre la balaustrada para pensar. ¿Sería un acto de cobardía dirigirme hacia el lugar donde más feliz me había sentido antes de marcharme a Australia? Conocía a gente en playa Railay. Me reconocerían, me saludarían con la mano y me dirían hola. La mayoría de ellos también estaban escapando de algo, porque Railay era un lugar que te permitía hacerlo. Además, la única razón por la que iba de camino a Australia era lo que Georg Hoffman, el abogado de Pa, me había dicho cuando fui a verlo. No era más que un sitio al que poner rumbo, muy lejos de Londres.

Así que, en lugar de pasarme doce horas volando en un tubo hacia un sitio donde no conocía a nadie, mañana a estas horas podría estar tomándome una cerveza bien fría en playa Railay. Seguro que demorarme un par de semanas allí no me haría daño. A fin de cuentas, faltaba poco para la Navidad y a lo mejor pasarla en un enclave que conocía y me gustaba resultaba menos horrible...

Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que me entusias-

maba al pensar en hacer algo. Antes de que la sensación se esfumara, paré al primer taxi que vi y le pedí al conductor que me llevara de vuelta al aeropuerto. Dentro de la terminal, me dirigí al mostrador de venta de billetes de Thai Airways y expliqué que necesitaba retrasar mi vuelo a Australia. La mujer que me atendió tecleó un buen rato en su ordenador y me dijo que me costaría unos cuatro mil bahts, que no era mucho teniendo en cuenta las circunstancias.

—Tiene un billete flexible. ¿Para qué fecha desea hacer la nueva reserva? —me preguntó.

—Eh... ¿qué tal para justo después de Navidad?

—Está todo lleno. El primer vuelo disponible es el 8 de enero.

—De acuerdo —convine, satisfecha de poder empezar a culpar al destino de tener que quedarme más tiempo.

Después reservé un vuelo de ida de Bangkok a Krabi que salía al día siguiente a primera hora de la mañana.

De regreso en mi habitación del hotel, me di una ducha, me lavé los dientes y me metí en la cama sintiéndome más tranquila. Sabía que, si mis hermanas se enteraran, todas dirían que estaba «remoloneando» otra vez, pero me daba igual.

Como un animal herido, iba a alejarme para esconderme y lamerme las heridas.

Lo mejor de playa Railay es que está en una península y solo puedes llegar hasta ella en barco. Star y yo habíamos viajado a muchos lugares increíbles, pero ir sentada en un banco de madera en un barco de cola larga que avanza con estrépito por un mar de color turquesa y la primera vez que vi los impresionantes acantilados de piedra caliza que se alzan hacia el cielo azul intenso tenían que contarse entre los cinco momentos más mágicos de mi vida.

Cuando nos acercamos, comencé a divisar cuerdas adheridas a la roca y a humanos que parecían hormigas multicolores vestidas con pantalones cortos de colores fluorescentes escalando su superficie. Me eché la mochila al hombro, bajé con cuidado del barco y noté que la piel se me erizaba de emoción. Aunque mis brazos y mis piernas eran cortos, también eran fuertes y ágiles, por lo que la escalada era una de las cosas que se me daban realmente bien. No es que fuera una habilidad muy útil para una persona que vivía en el centro de Londres y quería ser artista, pero en un lugar como aquel, sí resultaba relevante. Pensé en que, dependiendo de en qué lugar del mundo te encontraras, tus fortalezas y debilidades particulares se convertían en algo positivo o negativo. En el colegio yo era una lerda, mientras que Star era, haciendo honor a su nombre, una superestrella. Sin embargo, aquí, en Krabi, ella se había perdido entre las sombras de la playa con un libro y yo me había dedicado a disfrutar de todas las actividades al aire libre que la zona podía ofrecer. La naturaleza en estado puro era mi elemento, tal como había comentado Ma en una ocasión, así que la comunidad de por aquí me había reconocido más que a Star.

El color del agua que me rodeaba era único: turquesa cuando

el sol centelleaba sobre ella y verde oscuro a las sombras resguardadas bajo las rocas gigantes. Cuando ya chapoteaba hacia la orilla por las aguas poco profundas, vi la playa que se extendía ante mí: una delicada medialuna de arena blanca bordeada por los enormes acantilados de piedra caliza, salpicada aquí y allá de palmeras entre las sencillas cabañas de madera que albergaban los hoteles y los bares. El apaciguador sonido de la música reggae emanaba de una de ellas.

Caminé pesadamente por la arena blanca y abrasadora en dirección al hotel Railay Beach, donde nos habíamos alojado el año anterior, y me incliné sobre el mostrador de la recepción/bar instalado en la veranda de madera.

—Hola —saludé a una joven tailandesa a la que no reconocí—. ¿Tenéis alguna habitación disponible para las próximas semanas?

La chica me observó y después sacó un pesado libro de reservas. Recorrió cuidadosamente cada una de las páginas con el dedo y a continuación negó con la cabeza.

—Se acerca Navidad. Muy ocupado. No habitación después 21.

—Entonces ¿solo tienes para las dos próximas semanas? —traté de aclarar.

De pronto, sentí que alguien me daba una palmada en la espalda.

—¿Cee? Eres tú, ¿verdad?

Me di la vuelta y vi a Jack, un hombretón australiano de músculos tonificados y largos que era el dueño del hotel y dirigía la escuela de escalada situada en la playa, a la vuelta de la esquina.

—Sí, hola. —Le dediqué una sonrisa bien amplia—. Estaba registrándome, al menos para un par de semanas, porque después me daréis la patada. Al parecer lo tenéis todo reservado.

—Seguro que te encontraremos algún cuarto de las escobas, cariño, no te preocupes por eso. ¿Has venido con tu hermana?

—Eh... no. Esta vez estoy sola.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Hasta después de Año Nuevo.

—Bueno, si quieres echarme una mano en la escuela, dímelo. No me vendría nada mal, Cee. El nivel de trabajo se dispara en esta época del año.

—Pues a lo mejor sí, gracias —contesté.

—Tú rellena detalles.

La recepcionista tailandesa me entregó un formulario.

—No te preocupes por eso, Nam —le dijo Jack—. Cee estuvo aquí con su hermana el año pasado, así que ya tenemos sus datos. Ven, te acompañaré a tu habitación.

—Gracias.

Cuando Jack levantó mi mochila del suelo, vi que la recepcionista me lanzaba una mirada asesina.

—¿Adónde irás cuando te marches de aquí? —me preguntó Jack con amabilidad mientras me guiaba por una pasarela de madera a lo largo de uno de cuyos lados se extendía una hilera de puertas desvencijadas que daban paso a las sencillas habitaciones.

—A Australia —respondí cuando nos hallamos delante de la habitación 22, al final de la pasarela. Me fijé en que mi cuarto estaba justo al lado del generador y tenía vistas a dos contenedores enormes.

—¡Anda, mi país de origen! ¿A qué parte?

—A la costa noroeste.

—Ya sabes que en esta época del año allí te vas a achicharrar, ¿no?

—No me molesta el calor —le aseguré mientras abría mi puerta.

—Bueno, ya nos veremos.

Jack me dijo adiós con la mano y se alejó caminando sin prisa.

Aunque la habitación era diminuta, húmeda y olía muchísimo a basura, dejé caer mi mochila en el suelo y me di cuenta de que hacía semanas que no me sentía tan animada, porque era fantástico que alguien me conociera. El año anterior había disfrutado muchísimo trabajando algún que otro día en la escuela de escalada, comprobando el estado de las cuerdas y ajustándoles los arneses a los clientes. En aquella época, Star y yo íbamos algo justas de dinero, así que Jack nos había rebajado un poco el precio de la habitación a cambio de mis servicios. Me pregunté qué diría ahora Jack si le contara que ya no necesitaba trabajar porque me había convertido en millonaria. Al menos sobre el papel...

Tiré de un cordel deshilachado para poner el ventilador de techo en funcionamiento y al final, tras muchos chirridos y chasquidos, comenzó a girar, aunque no levantó más que un amago de brisa. Me quité la ropa y me puse el biquini y un sarong que me había comprado precisamente allí el año anterior. Después salí de

la habitación y bajé paseando hasta la playa. Me senté un rato en la arena y no pude evitar que se me escapara una sonrisa al pensar en que allí, en el «paraíso», con los barcos de cola larga que entraban y salían de la bahía constantemente, había mucho más ruido que en mi casa junto al río en el centro de Londres. Me puse de pie, me acerqué a la orilla y me adentré en el agua. Cuando estuve lo bastante lejos, me puse a flotar de espaldas en aquella agua espectacular, levanté la vista hacia el cielo y le di las gracias a Dios, a Buda o a quienquiera que tuviera que dárselas por haber regresado a Krabi. Me sentía en casa por primera vez desde hacía meses.

Aquella noche dormí en la playa, como tan a menudo había hecho en el pasado, con un caftán, una sudadera con capucha y mi almohada inflable como único acomodo. En su día, Star pensaba que había perdido la cabeza —«Van a comerte los mosquitos», me decía cuando me veía salir de la habitación con mi ropa de cama—. Pero, por algún motivo, con la luz de la luna y las estrellas sobre mi cabeza, me sentía más protegida por el techo del mundo que por cualquier otro creado por el hombre.

Me despertó un cosquilleo en la cara y levanté la cabeza para ver un par de pies masculinos y grandes que pasaban a mi lado de camino al mar. Me limpié la arena que me habían tirado encima y me di cuenta de que, salvo por mi presencia y la del dueño de aquellos pies, la playa permanecía desierta, y de que, por el tono de la luz que comenzaba a inundar el horizonte, estaba a punto de amanecer. Molesta por que me hubieran despertado tan temprano, observé al hombre —que tenía barba y el pelo negro y lacio recogido en una coleta que le caía por la espalda tras atravesar la abertura trasera de una gorra de béisbol— mientras se acercaba a la orilla, se sentaba con las rodillas pegadas al pecho y se las rodeaba con los brazos. Me di la vuelta para tratar de quedarme dormida otra vez —mis mejores horas de descanso siempre llegaban entre las cuatro y las diez de la mañana—, pero mi cuerpo y mi mente se negaron. Así que me incorporé hasta quedar sentada, adopté la misma posición del hombre que tenía delante y contemplé con él la salida del sol.

Dada la cantidad de lugares exóticos que había visitado, en rea-



lidad había visto relativamente pocos amaneceres, porque no era mi mejor momento del día. Los tonos sutiles y magníficos de la venida del alba me recordaban a un cuadro de Turner, aunque eran mucho mejores en la vida real.

En cuanto se acabó la actuación del sol, el hombre se levantó y se alejó caminando por la playa. Oí el débil traqueteo de un barco de cola larga a lo lejos, el heraldo del comienzo del día humano. Me puse de pie, pues había decidido retirarme a mi habitación para dormir algo más antes de que la playa se llenara de pasajeros que se iban y llegaban. «Aun así —pensé mientras abría la puerta y me tumbaba en la cama—, ha merecido la pena que me despertaran para verlo.»

Como siempre parecía ocurrir allí, el tiempo transcurría sin que yo me diera mucha cuenta. Había accedido a la propuesta de Jack de echarle una mano en la escuela de escalada. También salía a bucear, a nadar entre caballitos de mar, peces tigre y tiburones de punta negra que apenas se dignaban a mirarme mientras nadaban entre los corales.

Pasaba los atardeceres charlando en la playa, sentada en una esterilla y con la música de Bob Marley como ruido de fondo. Estaba agradablemente sorprendida por los muchos habitantes de Railay que me recordaban del año anterior, así que solo volvía a mi habitación cuando caía la noche y ellos se dirigían al bar decididos a emborracharse. Fuera como fuese, no me sentía demasiado mal, porque era yo la que los dejaba a ellos, no al revés, así que siempre podía volver y sumarme a la fiesta si de verdad me apetecía.

Una de las cosas que me había alegrado de verdad fue que, cuando por fin reuní el valor para encender mi móvil un día después de llegar, vi que Star me había enviado un montón de mensajes que decían cosas como: «¿Dónde estás?», «¡Estoy muy preocupada por ti!», «Por favor, ¡llámame!». También me encontré con muchísimos mensajes de voz suyos, que básicamente me repetían una y otra vez que lo sentía. Tardé un tiempo en enviarle una respuesta, y no solo porque fuera disléxica y a la función de texto predictivo de mi teléfono se le diera todavía peor que a mí la ortografía, sino porque no sabía qué decirle.

Al final, solo le contesté que estaba bien y me disculpé por no haberme puesto antes en contacto con ella debido a que me hallaba en tránsito. Cosa que era cierta, en gran cantidad de sentidos. Ella me respondió de inmediato diciéndome lo aliviada que se sentía de que estuviera bien y preguntándome dónde estaba. Y asegurándome, una vez más, que lo sentía. Algo me impidió revelarle mi localización. Resultaba pueril, pero era el único secreto que podía guardar. Y ella me había ocultado muchos en los últimos tiempos.

No me di cuenta de que ya llevaba dos semanas en Railay cuando Nam, la joven tailandesa del mostrador de recepción, que se comportaba como si fuera la dueña del lugar, me recordó que tenía que dejar mi habitación aquel día a mediodía.

—Mierda —mascullé mientras me alejaba, pues tendría que pasarme la mañana buscando un nuevo alojamiento.

Volví al hotel un par de horas más tarde, tras haber recorrido inútilmente hasta el último rincón de playa Railay en busca de una cama para pasar la noche —como la Virgen María montada en su burro—, y me encontré a Nam fulminándome de nuevo con la mirada.

—Doncella tiene que limpiar habitación. Nuevo huésped llega a dos en punto.

—Ya me voy —contesté, aunque lo que en realidad me entraron ganas de decirle era que podía permitirme sin problemas alojarme en el lujoso hotel Rayavadee. Si es que tenían una habitación libre, cosa que no era así, porque ya lo había comprobado.

Metí todas mis cosas en mi mochila y luego entregué la llave de mi habitación. «Tendré que dormir unos cuantos días bajo las estrellas hasta que acabe la Navidad», pensé.

Más tarde, después de comerme mi cuenco de pad thai, vi a Jack tomando algo en el bar. Le había pasado un brazo sobre los hombros a Nam, gesto que me aclaró de inmediato la mala actitud que la joven mostraba hacia mí.

—¿Has encontrado habitación? —me preguntó él.

—No, todavía no, pero no me importa dormir en la playa esta noche.

—Oye, Cee, quédate con mi habitación, no es ninguna moles-

tia. Estoy seguro de que no me costará encontrar una cama para unas cuantas noches en algún otro sitio.

Hundió la nariz en el altivo cuello de Nam.

—De acuerdo; gracias, Jack —acepté de inmediato, puesto que ya me había pasado la tarde vigilando mi mochila en la playa como si fuera el Santo Grial y preguntándome cómo iba a ingeniármelas para darme una ducha y quitarme la arena y la sal del cuerpo. Incluso yo necesitaba las cosas más básicas.

Jack hurgó en su bolsillo en busca de la llave y me la entregó mientras Nam me miraba con expresión de desaprobación. Siguiendo las instrucciones del australiano, subí un tramo de escaleras estrechas que salían de recepción, abrí la puerta y, haciendo caso omiso del olor a calcetines sudados mezclado con un ligero toque a toallas húmedas, vi que Jack tenía las mejores vistas del edificio. Y aún mejor que eso, un pequeño balcón de madera construido sobre el tejado de la veranda de abajo.

Cerré la puerta con llave, por si Jack se emborrachaba y se le olvidaba que me había prestado su habitación, y me di una ducha. En aquel baño, el agua tenía una potencia y una presión mucho mayores que el débil goteo con el que te topabas en las habitaciones de los huéspedes que tenía debajo. Me puse una camiseta y unos pantalones cortos limpios y salí a sentarme en el balcón.

Cerca del cinturón de Orión, vi las estrellas de la constelación de las Siete Hermanas. Cuando Pa me enseñó por primera vez mi estrella a través de su telescopio, se dio cuenta de que me sentí decepcionada. Era la que menos brillaba, dato al que no hacía falta añadir mucho más, y mi historia mitológica podría describirse como imprecisa en el mejor de los casos. Yo era muy pequeña, y quería ser la estrella más brillante y grande, con la mejor historia de todas.

—CeCe —me había dicho tomando mi mano diminuta entre las suyas—, tú has venido a este mundo para escribir tu propia historia. Y yo sé que lo harás.

Mientras contemplaba el conjunto de estrellas, pensé en la carta que Pa me había escrito, la que me había entregado Georg Hoffman, su abogado, unos cuantos días después de la muerte de Pa.

Star se había negado a abrir la suya, pero yo me moría de impaciencia por leer la mía, así que me dirigí al jardín y trepé a las

ramas de una magnífica haya vieja, la misma de la que me había caído una vez cuando era pequeña. Siempre me había sentido segura allí arriba, protegida de las miradas de los demás por sus ramas frondosas. Solía trepar a su copa a menudo para pensar, o para enfurruñarme, dependiendo de la situación. Me puse cómoda sobre un tronco amplio y rasgué el sobre.

*Atlantis  
Lago de Ginebra  
Suiza*

Mi queridísima CeCe:

Sé que leer esta carta te supondrá un esfuerzo. Te ruego que hagas acopio de paciencia para terminarla. También imagino que la leerás sin llorar, porque las emociones son un ámbito que tú guardas en tu interior. Aun así, soy plenamente consciente de lo hondo de tus sentimientos.

Sé que habrás sido fuerte en beneficio de Star. Ambas llegasteis a Atlantis con seis meses de diferencia, y la forma en que siempre la has protegido ha sido algo hermoso de contemplar. Amas profunda e intensamente, como siempre he hecho yo. No tengas miedo de dejarla marchar cuando llegue el momento: el vínculo que compartes con tu hermana es poderoso e irrompible. Confía en él.

Como ya habrás visto, os he dejado a todas una esfera armilar en mi jardín especial. Debajo de cada uno de vuestros nombres aparece un conjunto de coordenadas que os llevarán exactamente al lugar donde os encontré. También hay una cita, que espero que pienses que es acertada. Yo estoy convencido de que lo es.

Además, te animo a que vayas en cuanto puedas a ver a mi querido amigo y abogado Georg Hoffman. No te preocupes, lo que tiene que comunicarte son muy buenas noticias y proporciona en sí mismo un vínculo con tu pasado que bastará para ponerte en camino si deseas saber más acerca de tu familia biológica. Si te decides a dar el salto, te aconsejaría que indagaras acerca de una mujer llamada Kitty Mercer, que vivió en Broome, en la costa noroeste de Australia. Fue ella quien inició tu historia.

Sé que en muchas ocasiones te has sentido eclipsada por tus otras hermanas. Es fundamental que no pierdas la fe en ti misma. Tu talento como artista es único: pintas tal como te lo pide tu imaginación. Y en cuanto hayas encontrado la seguridad suficiente para confiar en él, estoy seguro de que volarás.

Por último, quiero decirte cuánto te quiero, mi aventurera fuerte y decidida. Nunca dejes de buscar, CeCe, ni la inspiración ni la paz. Espero que finalmente las encuentres.

#### PA SALT X

Pa estaba en lo cierto respecto a una cosa: había tardado casi una hora en leer la carta y descifrar todas y cada una de sus palabras. Sin embargo, se equivocaba respecto a otra: había estado a punto de romper a llorar. Pasé mucho rato sentada en aquel árbol, hasta que me di cuenta de que se me había entumecido el trasero y sentía un hormigueo en las piernas, así que tuve que bajar.

«Por la gracia de Dios, yo soy quien soy», era la cita que me había dejado grabada en la esfera armilar. Dado que no tenía ni la más mínima idea de quién era —ni en aquel momento ni en este—, no me había inspirado, solo me había hundido aún más.

Cuando a la mañana siguiente fui a ver a Georg Hoffman a su despacho de Ginebra, me dijo que Star no podía entrar conmigo, así que mi hermana tuvo que esperarme fuera, en la recepción. Entonces el abogado me habló de mi herencia y me entregó un sobre que contenía una fotografía en blanco y negro de un anciano de pie junto a un adolescente en la parte de atrás de una camioneta.

—¿Se supone que debería conocerlos? —le pregunté a Georg.

—Me temo que no tengo ni idea de la respuesta a tu pregunta, Celeno. Eso fue lo único que llegó con los fondos. No había ninguna nota, solo la dirección del abogado que transfirió el dinero desde Australia.

Pensé en enseñarle la fotografía a Star para ver si a ella se le ocurría alguna idea, pero con la intención de alentarla a abrir la carta que Pa le había dejado, decidí que no le revelaría lo que Georg Hoffman me había dicho hasta que ella leyera la suya. Cuando por fin la abrió, no me lo contó, así que mi hermana seguía sin saber

nada de la fotografía ni de dónde había salido en realidad el dinero para comprar el apartamento de Londres.

«Antes me lo contabas todo...»

Apoyé la barbilla sobre las manos y me asomé por el balcón, de nuevo bajo la influencia de una buena dosis de «las desgracias», como solía decir Star cuando nos sentíamos decaídas. Por el rabillo del ojo, vi una figura solitaria de pie a la orilla del mar, junto a las rocas, contemplando la luna. Era el tipo que hacía un par de semanas me había despertado en la playa. Como no había vuelto a verlo desde entonces, y teniendo en cuenta que Railay era una comunidad pequeña, había supuesto que se había marchado. Pero allí estaba, solo, una vez más, en mitad de la oscuridad de la noche. Tal vez no quisiera que lo vieran...

Lo observé durante un rato para ver adónde iba, pero pasó un montón de tiempo sin moverse, así que me aburrí y entré para tumbarme en la cama e intentar dormir. Quienquiera que fuese tenía muy claro que se sentía tan solo como yo.

**S**in pensarlo, el día de Nochebuena —que además dio la casualidad de ser luna llena—, hice lo que Star y yo solíamos hacer todos los años con nuestras hermanas y levanté la mirada hacia el cielo nocturno para buscar la estrella brillante y mágica que Pa siempre nos decía que era la de Belén. Una vez había buscado en internet la estrella que él nos señalaba y, con ayuda de Ally, descubrí que en realidad era la Estrella Polar. En Suiza, se veía en lo alto del cielo a lo largo de todo el año, pero aquella noche en playa Railay ni siquiera fui capaz de encontrarla. Entonces recordé que en internet también leí que cuanto más al sur te ibas, más difícil resultaba verla. Contemplé el cielo y pensé en lo triste que era que ya no fuéramos niñas y que pudiéramos descubrir la verdad presionando unas cuantas teclas en un ordenador.

Pero entonces decidí que aquella noche creería en la magia. Clavé la mirada en la estrella más brillante que fui capaz de encontrar y pensé en Atlantis. Por otro lado, aunque en la cultura budista no se celebrara la Navidad, en Tailandia hacían un esfuerzo por sus visitantes internacionales colgando guirnaldas de espumillón y papel de aluminio, cosa que al menos ponía a todo el mundo de buen humor.

Justo antes de medianoche, salí del ruidoso bar y bajé paseando hasta los acantilados para disfrutar de las mejores vistas de la luna llena. Y allí, ya de pie entre las sombras, estaba el hombre misterioso: una vez más en medio de la oscuridad y una vez más solo. Me molestó mucho, porque quería que aquel momento fuera especial y disponer de aquel espacio para mí, así que me di la vuelta y comencé a andar alejándome de él. Cuando estuve lo bastante lejos, alcé la vista y me dirigí a mi hermana.

—Feliz Navidad, Star. Espero que pases buenos días y que estés bien y a gusto. Te echo de menos —le susurré al cielo.

Después le envié recuerdos a Pa y a continuación a Ma, quien probablemente echaba tanto de menos a Pa como cualquiera de nosotras. Luego le mandé un beso a cada una de mis hermanas, incluso a Electra, que en verdad no se merecía un beso, porque era muy egoísta, cruel y caprichosa, pero, a fin de cuentas, era Navidad. Regresé caminando con cierta inestabilidad debido a la cerveza extra que me habían puesto en las manos hacía un rato en el bar.

En el momento en que pasaba junto al hombre misterioso, me tropecé ligeramente y un par de manos me agarraron de los hombros para ayudarme a recuperar el equilibrio.

—Gracias —musité—. Había una... eh... piedra en la arena.

—De nada.

Cuando apartó las manos de mis brazos, levanté la vista hacia él. Estaba claro que se había bañado, porque se había soltado la coleta y el pelo largo y negro le caía húmedo sobre los hombros. Tenía lo que Star y yo habíamos bautizado como «un pecho barbudo», aunque no resultaba muy impresionante, pues la línea de vello negro que le bajaba desde el ombligo hasta los pantalones cortos apenas formaba una sombra bajo la luz de la luna. Sus piernas también parecían bastante peludas.

Volví a mirarlo a la cara y me di cuenta de que los pómulos le sobresalían como sierras por encima de la barba oscura, que, por comparación, hacía que sus labios parecieran muy carnosos y rosados. Finalmente, incluso me atreví a mirarlo a los ojos, y vi que eran de un azul verdaderamente increíble.

Pensé que me recordaba a un hombre lobo. Al fin y al cabo, aquella noche había luna llena. Era tan alto y delgado que a su lado me sentí como una pigmea regordeta.

—Feliz Navidad —farfulló.

—Sí, feliz Navidad.

—Te he visto antes, ¿verdad? —me preguntó—. Eres la chica que estaba durmiendo en la playa aquella mañana.

—Seguramente. Paso mucho tiempo en la playa.

Me encogí de hombros con aire despreocupado mientras él me examinaba con sus extraños ojos azules.

—¿No tienes alojamiento?



—Sí, pero me gusta dormir al raso.

—Las estrellas, la inmensidad del universo... Pone las cosas en perspectiva, ¿no crees?

Exhaló un gran suspiro.

—Cierto. ¿Dónde te hospedas?

—Aquí cerca. —El Hombre Lobo hizo un gesto vago con la mano hacia la roca que tenía detrás—. ¿Y tú?

—Allí. —Señalé el hotel Railay Beach—. Al menos allí tengo la mochila —añadí—. Bueno, adiós.

Me encaminé hacia el hotel haciendo todo lo posible por intentar andar en línea recta, algo que ya era de por sí bastante difícil sobre la arena, pero que, con dos cervezas en el cuerpo, se convertía en una hazaña casi imposible. Aún sentía la mirada del Hombre Lobo sobre mi espalda cuando llegué a la veranda y me permití echar un breve vistazo hacia atrás. Seguía observándome, así que cogí un par de botellines de agua del frigorífico y me escabullí escalera arriba hacia la habitación de Jack. Tras pelearme un poco con la cerradura y la llave, me dirigí al balcón para tratar de atisbarlo, pero ya había desaparecido entre las sombras.

Tal vez estuviera esperando a que me fuera a la cama para adormecerme los sentidos clavándome dos colmillos enormes en el cuello e impedir que gritase mientras me chupaba la sangre hasta dejarme seca...

«CeCe, esos son los vampiros, no los hombres lobo», me dije con una risita; después solté un hipido y me bebí una botella de agua de un trago, enfadada conmigo misma y con mi patético cuerpo por ser incapaz de lidiar con dos cervezas pequeñas. Me dirigí a la cama dando tumbos y noté que la cabeza me daba vueltas cuando cerré los ojos, justo antes de sumirme en el olvido.

El día de Navidad fue dolorosamente parecido al que había pasado allí el año anterior con Star. Habían juntado todas las mesas de la veranda y habían servido un remedo de asado, como si fuera posible recrear la esencia de la Navidad a una temperatura de treinta y cuatro grados centígrados.

Después de almorzar, me noté abotagada por el atracón de comida europea, así que me di un baño para librarme de aquella sen-

sación. Eran casi las tres de la tarde, más o menos la hora en que Inglaterra estaría despertando. Lo más seguro era que Star estuviera pasando el día en Kent con su nueva familia. Salí del mar y me sacudí las gotitas de agua de encima como los perros. Había muchas parejas tumbadas ociosamente en la playa, dormitando juntas tras la comida copiosa. Era la primera Navidad en veintisiete años que Star y yo pasábamos separadas. Bien, si el hombre misterioso era un hombre lobo, entonces yo me había convertido en un lobo solitario, y no me quedaba más remedio que acostumbrarme.

Más tarde, me senté en una esquina de la veranda a escuchar música en mi iPod. Era de la variedad estruendosa y machacona que siempre me animaba cuando me sentía triste. Noté una palmatita en el hombro y me volví para ver a Jack de pie a mi lado.

—Hola —lo saludé al tiempo que me quitaba los auriculares.

—Hola. ¿Quieres que te invite a una cerveza?

—No, gracias. Ya bebí bastante anoche —contesté poniendo los ojos en blanco, pues sabía que la noche anterior él se había emborrachado demasiado para fijarse en lo que yo había bebido.

—Claro. Mira, Cee, el caso es que, bueno... —Acercó una silla y se sentó a mi lado—. Nam y yo hemos... discutido. No me acuerdo de qué he hecho mal, pero me ha echado de la cama a las cuatro de la madrugada. Ni siquiera se ha presentado hoy para ayudarme con la comida de Navidad, así que no creo que vaya a recibirme con los brazos abiertos esta noche. Ya sabes cómo son las mujeres.

«Sí, yo soy una de ellas, ¿te acuerdas?», me entraron ganas de decirle, pero me contuve.

—Entonces... el problema es que no tengo donde dormir. ¿Te importa compartir la cama conmigo?

«¡Pues claro que me importa!», pensé de inmediato.

—En serio, Jack, siempre y cuando pueda dejar la mochila en tu habitación, estaré perfectamente bien durmiendo en la playa —le aseguré.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Lo siento, Cee, estoy totalmente hecho polvo después de todos los preparativos para la Navidad y el trabajo extra de los últimos días.

—No pasa nada. Subiré a coger lo que necesito y te dejaré tranquilo.

—Estoy seguro de que mañana te encontraremos algún sitio —me gritó mientras me alejaba pensando que la playa era una opción mucho mejor que dormir en la misma habitación que un hombre que seguramente roncaba y al que apenas conocía. Eso sí que me provocaría pesadillas.

Reuní mi improvisada ropa de cama y luego apelotoné el resto de mis pertenencias en el interior de mi mochila. Al día siguiente, tendría que ponerme en serio a buscar un lugar donde alojarme hasta que me marchara a Australia al cabo de dos semanas.

Ya en la playa, me preparé la cama bajo un arbusto y, obedeciendo un impulso, me saqué el móvil del bolsillo de los pantalones cortos y llamé a Atlantis.

—¿Hola?

Alguien contestó al teléfono después de un par de tonos.

—Hola, Ma, soy CeCe. Solo quería desearos una feliz Navidad a Claudia y a ti.

—¡CeCe! ¡Me alegro mucho de tener noticias tuyas! Star me dijo que te habías marchado. ¿Dónde estás?

Ma siempre nos hablaba a todas en francés y tuve que reajustar mi cerebro antes de poder contestarle.

—Bueno, ya me conoces, Ma, en una playa, dedicándome a mis cosas.

—Sí. No creía que fueras a durar mucho en Londres.

—¿Ah, no?

—Eres un espíritu libre, *chérie*. Te pueden las ganas de ver el mundo.

—Sí, es verdad.

En aquel momento, quise a Ma casi más que en toda mi vida. Ella nunca juzgaba o criticaba, se limitaba a apoyar a sus chicas.

Oí el ruido de fondo de una tos profunda y masculina y se me agudizaron los oídos.

—¿Quién está ahí contigo? —pregunté con suspicacia.

—Solo Claudia y Christian —respondió Ma.

En otras palabras, el personal de Atlantis.

—Vale. ¿Sabes, Ma?, fue muy raro, pero cuando llegué al aeropuerto de Londres hace tres semanas, estoy segura de que vi a Pa.

Él iba caminando en sentido contrario y eché a correr para intentar alcanzarlo, pero ya se había ido. Sé que parece una estupidez, pero es que estaba totalmente segura de que era él.

—Oh, *chérie*. —Oí que Ma exhalaba un suspiro profundo del otro lado de la línea—. No eres la primera de tus hermanas que me cuenta algo así. Tanto Ally como Star me dijeron que también estaban convencidas de haberlo oído o visto... y a lo mejor es así. Pero no en la realidad. O al menos no en la realidad tal como la conocemos.

—¿Crees que todas estamos viendo y oyendo al fantasma de Pa? —pregunté entre risas.

—Creo que ansiamos creer que todavía lo vemos, así que quizá nuestra imaginación lo haga aparecer. Yo lo veo aquí constantemente —confesó Ma con una voz repentinamente triste—. Y esta es una época del año muy complicada para todas. ¿Tú estás bien, CeCe?

—Ya me conoces, Ma, nunca me pongo enferma.

—¿Y estás animada?

—Estoy bien, ¿y tú?

—Echo de menos a tu padre, claro, y a todas vosotras. Claudia te envía recuerdos.

—Dáselos también a ella de mi parte. Bueno, Ma, aquí es tarde, voy a acostarme ya.

—Nos llamarás de vez en cuando, ¿verdad, CeCe?

—Sí, claro que sí. Buenas noches.

—Buenas noches, *chérie*. Y *joyeux Noël*.

Volví a guardarme el teléfono en los pantalones cortos y luego me rodeé las rodillas con los brazos y apoyé la cabeza sobre ellas para pensar en lo difíciles que debían de estarle resultando a Ma aquellas Navidades. Mis hermanas y yo podíamos pasar página hacia nuestro futuro... o al menos podíamos intentarlo. Nos quedaba más vida por delante de la que habíamos vivido ya, pero Ma nos había entregado la suya a nosotras y a Pa. Entonces me pregunté si Ma habría querido a mi padre de manera «romántica» y llegué a la conclusión de que, en efecto, debía de ser así, porque había permanecido a su lado muchísimos años y había convertido a nuestra familia en su familia. Y ahora todos la habíamos abandonado.

También me pregunté si mi verdadera madre me habría echado

de menos o pensado en mí alguna vez y por qué me habría entregado a Pa. Tal vez me hubiera dejado tirada en algún tipo de orfanato y él me hubiese sacado de allí porque se había compadecido de mí. Estaba segura de que había sido una bebé muy fea.

Todas aquellas respuestas se encontraban en Australia, a doce horas de viaje de allí. Era de lo más curioso que fuera uno de los pocos países del mundo que me había negado en redondo a visitar, a pesar de que a Star le había apetecido bastante ir. Qué patético que el motivo fuera mi pesadilla de la araña, pero así era.

«Bueno —pensé mientras me acomodaba sobre la arena—, Pa me describió como “fuerte” y “aventurera”.» Sabía que necesitaría hasta el último resquicio de esas cualidades para subirme a ese avión al cabo de dos semanas.

Una vez más, me desperté al sentir un cosquilleo en la cara. Me sacudí la arena con la mano y me incorporé para ver al Hombre Lobo caminando hacia el mar. Me pregunté brevemente cuántas doncellas habría devorado en las últimas horas y me fijé en que la longitud de sus piernas lo ayudaba a salvar con rapidez la franja de arena.

El Hombre Lobo se sentó al borde del agua en la misma postura que la ocasión anterior, directamente delante de mí. Ambos levantamos la mirada hacia el cielo a la espera de que comenzara el espectáculo, como si estuviéramos en un cine. «Un cine del universo...» Me gustó esa frase, y me sentí orgullosa de mí misma por haber pensado en ella. Tal vez Star pudiera utilizarla algún día en su novela.

El espectáculo fue maravilloso, convertido en un fenómeno incluso más fabuloso por el hecho de que aquel día había unas cuantas nubes en el cielo que suavizaron la salida del sol mientras este se colaba como una yema dorada entre las claras montadas que lo rodeaban.

—Hola —me saludó el Hombre Lobo cuando pasó a mi lado en su camino de regreso.

—Hola.

—Precioso el de esta mañana, ¿no? —comentó.

—Sí, genial.

—Eso sí, no creo que puedas dormir aquí esta noche. Se acerca una tormenta.

—Sí —convine.

—Bueno, ya nos veremos.

Se despidió con un gesto de la mano y se marchó.

Unos minutos más tarde, ya de vuelta en la veranda, vi a Jack preparándolo todo para el desayuno. Por lo general, era Nam quien se encargaba de aquello, pero la recepcionista no había dado señales de vida desde el día de Nochebuena.

—Buenos días —le dije.

—Buenos días. —Me lanzó una mirada de culpabilidad antes de preguntar—: ¿Has dormido bien?

—No mal del todo, Jack. —Le hice un gesto para que se acercara a mí y después señalé a la figura que se alejaba por la playa—. ¿Lo conoces?

—No, pero lo he visto un par de veces en la playa en plena noche. Es un tío muy reservado. ¿Por qué?

—Solo por curiosidad. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Diría que por lo menos unas cuantas semanas.

—Vale. ¿Te importa si subo a tu habitación a darme una ducha?

—Claro que no. Luego nos vemos.

Tras asearme, me senté en el suelo de la habitación de Jack y vacié mi mochila. Separé la ropa sucia de la limpia —el primer montón contenía la gran mayoría de mis prendas— y decidí que pasaría por la lavandería cuando saliera a buscar alojamiento. Así, si me encontraba en el peor de los escenarios posibles y aquella noche acababa durmiendo a la intemperie bajo una tormenta, al menos tendría ropa limpia y seca a la mañana siguiente.

Aunque en aquella parte del mundo no existía nada parecido a la festividad del día de San Esteban, todo el mundo se paseaba por los callejones estrechos que se formaban entre las chozas que hacían las veces de tiendas con el mismo aspecto que habrían mostrado en Europa: como si hubieran bebido demasiado, comido demasiado y estuvieran hartos porque ya habían abierto todos sus regalos y se habían acabado las emociones. Incluso la encargada de la lavandería, normalmente muy sonriente, separó las prendas blancas de las oscuras y sacudió mi ropa interior ante los ojos de todos con la cara muy seria.

—Lista mañana.

Me entregó un resguardo y me marché. Capté un vago rumor de truenos en la distancia y comencé mi búsqueda de alojamiento.

Más tarde, volví a la veranda del hotel, acalorada, sudorosa y sin haber encontrado ningún lugar que pudiera ofrecerme una habitación hasta el día siguiente a la hora de comer. Me senté a tomarme un agua de coco y a reflexionar si debía seguir mi viaje... tal vez marcharme a Ko Phi Phi, aunque tampoco había garantías de que allí sí consiguiera habitación. Bueno, una noche bajo la lluvia no me mataría, y si las cosas se ponían realmente feas siempre podía cobijarme bajo una de las verandas del restaurante.

—¿Has encontrado ya habitación? —me preguntó Jack esperanzado mientras pasaba a mi lado cargado con una bandeja de cervezas para la mesa contigua

—Sí —mentí, puesto que no quería ponerlo en un aprieto—. Subiré a recoger mi mochila después de comer.

—No te apetecerá echarme una mano detrás de la barra durante un rato, ¿verdad? —me planteó—. Con Nam completamente desaparecida y el hotel a tope, no he podido acercarme a las rocas. Abi acaba de llamar para decirme que en la escuela tienen una cola más larga que una pitón. Y con más o menos las mismas malas pulgas.

—No me importa hacerlo, pero yo no me fiaría mucho de mí llevando bandejas —bromeé.

—Barco con tormenta en cualquier puerto entra, Cee. Serán solo un par de horas, te lo prometo. Esta noche, cerveza gratis y todo lo que te apetezca comer, invita la casa. Ven, que te explico cuatro cosas.

—Gracias —dije, y me levanté para seguirlo hasta el otro lado de la barra.

Cuatro horas más tarde, seguía sin haber ni rastro de Jack y yo ya estaba harta. El bar se hallaba atestado y había una enorme demanda de zumos —seguramente provocada por la gente que utilizaba la vitamina C y los Bloody Marys como cura para la resaca—. Ni una sola de aquellas bebidas era tan sencilla de preparar como quitarle la chapa a un botellín de cerveza, y había terminado salpicada de zumo de mango cuando la batidora me había estallado encima porque no le había apretado bien la tapa. El anterior buen

humor de los clientes había desaparecido de la noche a la mañana y estaba hasta las narices de que me gritaran por ser lenta. Además, oía los truenos cada vez más cerca, lo cual quería decir que más tarde, probablemente cuando mi mochila y yo tuviéramos que acampar en la playa, los cielos se abrirían.

Cuando Jack se decidió por fin a volver, se deshizo en disculpas por haber tardado tanto. Echó un vistazo hacia la veranda ya casi vacía.

—Al menos no has tenido mucho lío. En las rocas estaba todo abarrotado.

«Sí, claro...»

No dije nada mientras me terminaba los fideos; luego subí a la habitación a recoger mi mochila.

—Gracias, Cee, ya nos veremos —me dijo cuando bajé a pagar la factura de mi habitación y me marché.

Eché a caminar por la playa justo cuando un par de relámpagos aparecieron casi directamente encima de mí. Calculé que me quedaban unos cinco minutos antes de que comenzara el chaparrón, así que aumenté la velocidad y giré hacia la derecha por un callejón en dirección a un bar que conocía. Entonces me di cuenta de que la mayor parte de las tiendas-choza habían cerrado más pronto de lo habitual a causa de la tormenta inminente. En el bar también estaban bajando las puertas cuando llegué.

—Fantástico —mascullé cuando el dueño me saludó secamente con la cabeza, y pasé de largo—. Esto es una locura y una estupidez enorme, CeCe —gruñí—. Vuelve con Jack y dile que compartirás la cama con él...

Sin embargo, mis piernas me impulsaron a seguir adelante hasta que llegué a la playa del otro lado de la península. Se llamaba Phra Nang y, desde el punto de vista estético, era mucho más hermosa que Railay. Precisamente por eso, se trataba de un destino turístico muy demandado para realizar excursiones de un día, así que por norma general lo evitaba. Además, como la trasera del lujoso hotel Rayavadee daba a esa playa, había aterradores guardias de seguridad situados a lo largo del perímetro. El año anterior, Star y yo fuimos hasta allí una noche después de que el último barco de cola larga se hubiera marchado y nos tumbamos de espaldas sobre la arena a contemplar las estrellas. Cinco minutos más tarde, nos



deslumbraron con el haz de una linterna y nos dijeron que nos marcháramos. Intenté argumentar que todas las playas de Tailandia eran públicas y que los guardias de seguridad del hotel no tenían derecho a echarnos, pero Star me mandó callar mientras nos empujaban de malos modos hacia el sendero que llevaba de vuelta al lado de la península de la plebe.

Ese tipo de cosas me hacía hervir la sangre, porque la naturaleza había creado la Tierra y su belleza para que todo el mundo las disfrutara de manera gratuita, no para los ricos.

Cuando un relámpago azul y morado iluminó el cielo, me percaté de que aquel no era el momento apropiado para mantener una discusión filosófica conmigo misma. Escruté la orilla con la mirada y de repente se me ocurrió una idea brillante. La Cueva de la Princesa se hallaba en el extremo opuesto de la playa de Phra Nang, así que eché a correr por la arena. Ya había recorrido dos tercios del camino cuando unas enormes gotas de agua comenzaron a caerme sobre la cabeza. Era como si me estuvieran bombardeando con pequeños trozos de grava.

Llegué a la entrada de la cueva, penetré en ella dando tumbos y tiré la mochila al suelo. Levanté la cabeza y recordé que, por alguna razón, había dos representaciones de la princesa, ambas figuras del tamaño de una muñeca minúscula enclavadas dentro de unos diminutos templos de madera medio escondidos tras cientos de guirnaldas de colores variados. Sobre el altar, ardían unas cuantas velas pequeñas que iluminaban el interior de la cueva con un agradable resplandor amarillento.

Sonreí para mis adentros al acordarme de la primera vez que Star y yo visitamos la cueva. Pensando que sería como cualquier otro lugar de culto de Tailandia, las dos nos esperábamos una estatua de oro y las omnipresentes ofrendas de guirnaldas. Sin embargo, nos encontramos delante de cientos de falos de diferentes formas y tamaños. Ya de vuelta en el presente, observé cómo brotaban del suelo arenoso de la cueva como estalagmitas eróticas y se distribuían también por las paredes de roca. Rojos, verdes, azules, marrones... pequeños, grandes... al parecer, aquella divinidad en particular era una diosa de la fertilidad. Y a juzgar por el tamaño de los instrumentos que abarrotaban la cueva —algunos de los cuales eran más altos que yo—, no me sorprendía.

En cualquier caso, aquella noche la Cueva de la Princesa me había ofrecido refugio y me había apartado de la lluvia que ya caía como una cortina ante la boca de la gruta. Me incorporé y pasé entre la selección de tributos; después me arrodillé ante el altar para dar las gracias. Cuando terminé, me acurruqué a un lado de la entrada de la cueva y contemplé la tormenta.

El cielo se iluminaba con destellos grandiosos cuando los relámpagos se propagaban sobre el cielo y los escarpados acantilados de piedra caliza. La lluvia desprendía un brillo plateado bajo la luz de la luna y aporreaba la playa en ráfagas, como si Dios llorara a mares desde las alturas.

Al final, sintiéndome totalmente sobrecogida por el espectáculo y la vastedad de la energía del universo, me puse en pie tambaleándome. Cargada con mi mochila, me adentré en la gruta, me hice la cama para aquella noche y me quedé dormida detrás de un enorme falo de color escarlata.